

Los nuevos marginados del Reino Unido

Demelza Jones

Los solicitantes de asilo en el Reino Unido sufren un elevado riesgo de exclusión social, pero, lejos de intentar paliar el problema, las sucesivas políticas gubernamentales en materia de asilo sólo han contribuido a agravarlo.

En la última década, el gobierno británico se ha marcado como objetivo central el tratamiento de la exclusión social era un objetivo central. Así, estableció una Unidad de Exclusión y, en 2003, lanzó un Plan de Acción Nacional (para la Inclusión Social). Paralelamente, un informe de 2004 determinó que los solicitantes de asilo del Reino Unido eran los más vulnerables a la exclusión social¹ y un estudio realizado por Oxfam y el Consejo para los Refugiados en 2002 reveló que “se obliga a los solicitantes de asilo a vivir en condiciones de pobreza inaceptables en una sociedad civilizada”.² Los solicitantes de asilo cuya demanda está pendiente tienen derecho a percibir un subsidio semanal que está por debajo del umbral de la pobreza del Reino Unido. Como resultado, tienen dificultades para comprar comida, ropa y calzado, pagar billetes de transporte público o llamar por teléfono para seguir en contacto con amigos y abogados.

En 2006, entrevisté a cuatro solicitantes de asilo y a una persona que había obtenido la condición de refugiado. A Grace, de Zimbabwe, le preocupaba el coste del transporte. La programación de sus citas para presentarse ante la Dirección de Inmigración le obliga a desplazarse en transporte público en hora punta, lo que le supone un gasto de 5 libras semanales: “Cinco libras suena a poco, pero cuando uno [sólo] dispone de una pequeña cantidad, es mucho”. A fin de obtener dinero para el transporte, Patrice, de Costa de Marfil, a veces tiene que vender sus vales, que representan su único subsidio, a vecinos sin escrúpulos por mucho menos de su valor: “En ocasiones, me desespero, pero si no me presento en la oficina de Inmigración, quebranto la ley”.

Por lo general, los que incumplen la legislación sobre asilo acaban sin subsidios y en la indigencia, durmiendo en la calle o conviviendo ilegalmente con otros solicitantes de asilo, a menudo en alojamientos con sobreocupación, y dependiendo de lo que les dan sus amigos o las instituciones benéficas. El grado de exclusión social provocado por la miseria puede hacer que emerja una explotación grave. Un informe realizado en 2006 por Amnistía Internacional concluye que algunos de los entrevistados habían recurrido a la prostitución y que “quizá se facilitara a las jóvenes espacio para dormir en el suelo a cambio de favores sexuales”³, mientras

que Edem, un joven desprotegido de Sierra Leona, indicó que se había sumido en una relación de explotación con un hombre mayor que le daba ropa y comida a cambio de sexo. El riesgo de aceptar un empleo ilegal en condiciones de explotación constituye otro motivo de preocupación.

Un factor que contribuye a la exclusión social entre los solicitantes de asilo es la denegación del derecho a trabajar, lo que les acarrea graves implicaciones, tanto materiales como en cuanto a su participación en la sociedad británica. La falta de acceso al mercado laboral hace que a los solicitantes de asilo les resulte difícil interactuar con la población general, por lo que se les aísla socialmente y se agrava su sentimiento de marginación y expulsión. También deja a los que han obtenido la condición de refugiado mal preparados para participar en la sociedad a través del mercado de trabajo, como le sucedió a Sami del Kurdistan. Durante nuestra charla, se quejó de su falta de resultados positivos en la búsqueda de empleo, culpando por ello a su ausencia del mercado laboral durante dos años (mientras solicitaba asilo): “En casa tuve el mismo trabajo durante años. Pero aquí es diferente, todo son largos formularios y entrevistas. Si me hubiera dedicado a ello cuando llegué, no tendría problema, pero ahora tengo que empezar de cero”. Yolanda, una doctora de Camerún con una gran preparación profesional, comparte su frustración: “No poder compartir nuestra capacidad es deprimente. Quizá si pudiéramos demostrar nuestras habilidades, la gente no nos despreciaría”.

Además de esas formas de exclusión material, el modo en que los medios de comunicación retratan a los solicitantes de asilo del Reino Unido es extremadamente negativo, tachándoles constantemente de ‘estafadores’, ‘mentirosos’ y ‘aprovechados’. Por otro lado, lejos de cuestionar la imagen distorsionada que ofrecen los medios, numerosos políticos británicos han llegado a canalizar y legitimar la hostilidad de los ciudadanos.

Aparte de la deportación, la forma más extrema de exclusión social es el encarcelamiento. De hecho, alrededor del 14% de los solicitantes de asilo en el Reino Unido han estado detenidos en algún Centro de Expulsión de Inmigrantes en

algún momento durante la tramitación de su solicitud. Aunque oficialmente no son cárceles, estos centros vienen a serlo en la práctica, según refleja la descripción de Sami: “Me sentía como si estuviera en la cárcel: todos esos procedimientos... tomándome las huellas dactilares, fotos...” Muchos solicitantes detenidos han sentido esa correlación entre detención y delincuencia y no pueden entender qué delito han cometido para merecer su detención.

Grace experimentó otra práctica asociada generalmente con los delincuentes: le colocaron en el tobillo una pulsera electrónica de seguimiento a su llegada al Reino Unido. Los funcionarios de inmigración no le explicaron por qué se la ponían y pasó sus primeras semanas en el país preguntándose qué delito había cometido. Relata que se sentía humillada y estigmatizada por la pulsera, que se veía claramente y que suscitaba la curiosidad y la animadversión de otros solicitantes de asilo y de miembros de la comunidad de acogida. “Lo único que me había traído eran faldas, de modo que todo el mundo podía verla [...] La gente me miraba por la calle. Incluso las demás mujeres del edificio me preguntaban: ‘¿qué has hecho?’”.

Las experiencias de exclusión social descritas por Patrice, Grace, Yolanda, Edem y Sami distan mucho de ser poco corrientes. La exclusión es consecuencia de las opiniones negativas de los medios y de los políticos sobre los solicitantes de asilo, que los describen como “el otro”, que representa una amenaza y una carga, y también es consecuencia de las políticas gubernamentales en materia de asilo que están fomentando la penuria y que reducen el grado de inclusión social mediante la pobreza forzada, la asimilación a la delincuencia y la denegación del derecho a trabajar y a participar en la sociedad de acogida.

Demelza Jones (demelzajones@hotmail.com) ha terminado hace poco el máster en Ciudadanía Global, Identidades y Derechos Humanos de la Universidad de Nottingham (Reino Unido) y ha trabajado con refugiados y solicitantes de asilo en proyectos comunitarios en el centro de Inglaterra. Se han cambiado los nombres de los entrevistados y su país de origen.

1. www.cabinetoffice.gov.uk/upload/assets/www.cabinetoffice.gov.uk/social_exclusion_task_force/publications_1997_to_2006/tackling.pdf

2. Penrose, Jan, 2002: Pobreza y asilo en el Reino Unido (Poverty and Asylum in the UK). Londres: Consejo para los Refugiados y Oxfam, p. 4

3. Amnistía Internacional, 2006: Sin blanca en Londres: el camino hacia la indigencia para los solicitantes de asilo rechazados (Down and Out in London: The Road to Destitution for Rejected Asylum Seekers), p. 15: www.amnesty.org.uk/content.asp?CategoryId=10682